



IV

EL SOCIALISMO

Hay que distinguir entre la cuestión social y el socialismo. (1) La primera consiste en la lucha fatal entre el capitalista y el obrero, en el conflicto entre el derecho de propiedad y el derecho de conservación.

El rico tiene derecho á sacar utilidad de su oro; el trabajador, á que su trabajo sea debidamente indemnizado, de modo de poder subvenir á sus necesidades materiales, sin que se le exija una tarea superior á sus fuerzas, que agote su salud y que le prive de un descanso periódico necesario para su cuerpo y su alma.

Pero el rico exagera á veces su derecho, pretendiendo utilidad excesiva, á costa del infeliz obrero, á quien sin causa bastante, reduce el salario y aumenta la tarea; y el obrero á su vez pretende que el propietario prescinda de su utilidad legítima, queriendo que ésta corresponda únicamente al trabajo y no al capital, improductivo de por sí. Tengo derecho—dice—á todo lo que produce mi trabajo y no se me da ni la mitad siquiera. ¡Guerra, pues al capital privado, vampiro del pobre; guerra á la férrea ley de los salarios, ergástulo de mi nueva esclavitud, más ominosa que la antigua!

La ley es impotente para impedir esa lucha. Por algunos medios indirectos podrá aliviar algo tan penosa

situación social, pero momentáneamente. ¿Cómo poner freno á la codicia del rico, si para ello sería preciso destruir la propiedad privada, uno de los fundamentos de la sociedad actual? ¿Cómo inspirar al pobre, amor á la pobreza, conformidad con su suerte para que no apele á la fuerza brutal del número en ocasión propicia y busque con ella la mejora de su dura situación, ó al menos el goce de una venganza tanto tiempo reprimida?

La Iglesia comprende mejor que nadie esa situación, y se afana por resolver la cuestión social por los medios que su temperamento y su misión ponen á su alcance, y que por cierto, son los únicos posibles. En este sentido es la gran socialista. Pero fuera de su seno se ha inventado otro sistema, impropriamente llamado socialismo, que pretende remediar al mal, destruyendo las bases mismas de la sociedad. Leed sus principios fundamentales:

I.—LA IGUALDAD NATURAL DE TODOS LOS HOMBRES—de donde proviene la *igualdad de sus derechos* y la abolición de todas las desigualdades sociales.

II.—LA COMUNIDAD DE LOS BIENES NATURALES—á que se opone la *propiedad privada*.

III.—EL DERECHO AL TRABAJO—que no puede ser tutelado en todos los individuos, si la sociedad no se apodera de los materiales y de los instrumentos del trabajo, y no dirige ella misma el trabajo, la producción y el reparto.

IV.—EL DERECHO AL PRODUCTO ENTERO DEL TRABAJO—que no podrá existir sino cuando sea abolido el derecho del propietario privado.

V.—EL TRABAJO OBLIGATORIO A TODOS—porque todos tienen la obligación de proveerse de lo necesario para la vida." (2)

En apariencia el socialismo no ataca más que la propiedad, lo que ya es bastante para la ruina del mundo, pero en puridad, hiere también rudamente las otras bases sociales, la religión y la familia, porque tales cimientos se apoyan los unos en los otros, y conmovido éste, se desquicia aquél.

En 1847, el desarrollo de la industria, el aumento de la población y, más que todo, la falta de fe, exacer-

vaba la dolencia social en que nos ocupamos, y el socialismo surgió en Europa, llamándose infalible medicina, ó más bien que nacer, se organizó en sistema, dando forma definitiva á sus principios capitales.

Marx y Engels lanzaron en ese año su famoso manifiesto, exponiendo doctrina semejante á la anunciada, y terminándolo con estas palabras de aterradora elocuencia: "Los comunistas no tratan de ocultar sus miras y sus aspiraciones. Ellos declaran abiertamente *que su fin puede únicamente conseguirse derribando violentamente toda la actual constitución de la sociedad*. Las clases directoras tiemblan ante una revolución comunista. El proletario nada tiene que perder más que sus cadenas, y tienen en cambio, todo un mundo que ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!"

(3)

¡Qué peligro para la sociedad, Dios santo! El burgués de la revolución que, á pesar de su fanatismo sectario, podía abrigar algunas ideas nobles, entre ellas el amor á las clases desheredadas, tenía que convertirse, por causa del positivismo, en el más frío egoísta, y, como lo veremos en otro de los capítulos de esta disertación, á mediados del siglo la burguesía se paganzaba. El jacobino, por evolución natural, se convirtió en positivista, en ateo más ó menos disfrazado. La nobleza en algunas partes desapareció, en otras iba perdiendo sus privilegios y sus riquezas, y la sucedía la clase media en el gobierno, en la industria, en el dominio territorial, como sucedía al clero en la cátedra y en la prensa. La burguesía convertíase en directora de la sociedad, porque disponía de los principales instrumentos de dirección. Y en esa clase el positivismo hacía principalmente sus extragos y la iba convirtiendo en la mayor tiranía para el pobre, porque el rico sin Dios, es Dios de sí mismo, como dijo el poeta.

Al pobre pueblo bajo, ya por su parte las ideas liberales habían comenzado á descristianizarlo en el mundo. Napoleón, apenas subió al poder, quiso darle la religión, pero la gran obra napoleónica la desbarataban las logias, los clubs, los periódicos, y aunque las nuevas filosofías no llegaban naturalmente al pueblo de modo directo, se le corrompía con la negación brutal, la blasfemia cínica, la mentira histórica, la

utopia social más ó menos grosera, pero bastante á engañarlo, porque engañaba sus pasiones.

En donde quiera se hizo al pueblo bajo, en buena parte al menos, enemigo de los reyes y de la nobleza y enemigo también del clero, porque se acusaba á éste de cómplice de la nobleza y de los reyes. Ser enemigo del clero y ser impío es una misma cosa, principalmente en el ignorante.

En esa situación, el socialismo tenía que ganar el pueblo. El liberalismo había proclamado la igualdad de derechos, ¿por qué el socialismo no había de proclamar la igualdad de fortunas? El liberalismo proclamaba la perfección humana, negando la existencia de la culpa original (4), é imputando los males del mundo á la sociedad y no á la naturaleza: ¿por qué el socialismo no había de sublevarse contra esa sociedad criminal y desnaturalizada, proclamar su completa ruina y la de sus bases fundamentales que son la autoridad, la religión, la familia y la propiedad?

El liberalismo quiere la secularización del estado; el socialismo, más lógico, quiere la secularización del hombre. El liberalismo atacaba á Dios, pero incosecuente por egoísta y cobarde, quería respetar la autoridad, la propiedad y la familia. El socialismo, enemigo franco y brutal como la clase que lo acogía, se proclamaba abiertamente anarquista desde su aparición en el mundo. Si no hay Dios para la sociedad—exclamaba por boca de sus apóstoles—en vano nos pedís respeto á la propiedad, amor á la familia y obediencia al gobierno. Sin Dios, la propiedad es robo; la autoridad, tiranía; el matrimonio, contrato rescindible y la familia, sociedad liquidable.

En la burguesía, el positivismo; en el pueblo bajo, el socialismo. Arriba, el egoísmo y la codicia; abajo, la sensualidad y la venganza. Tal era la situación de la sociedad humana en la parte más civilizada, á mediados del siglo XIX y fuera de la Iglesia Católica.

* * *

No se puede decir, en mi concepto, que el positivismo históricamente sea padre del socialismo, pues nacieron juntos con Saint Simón, que comenzó á perfi-

lar el segundo en el siglo pasado, al mismo tiempo que echaba los cimientos del primero. Saint Simón fué precursor de Comte como lo fué de Proudhom. (5)

Pero esa doctrina filosófica es admirable egida de la utopia social. La primera allana el camino á la segunda. Aquélla, sin proclamar el ateísmo crudo y procaz, lo profesa sin embargo, lo propaga admirablemente entre los ignorantes y perezosos, á quienes resulta sobremanera cómodo no pensar ni discutir acerca de lo que es por su naturaleza incognoscible. Esta (el socialismo) necesita del ateísmo para prosperar, porque Dios es su mayor enemigo y la Iglesia el campeón del cielo.

El positivismo es la egida filosófica del socialismo. Mientras el primero reine en los entendimientos, ya el segundo podrá encender sin obstáculo las pasiones de las multitudes.

Por eso todos los principales jefes del socialismo, han sido francamente ateos.

“Hé aquí por qué los corifeos del socialismo contemporáneo son todos ateos, materialistas, masones ó judíos renegados, Enrique Saint Simón, Carlos Fourier, Feuerbach, Engels, Pedro Leroux, Roberto Owen, Fernando Lassalle, Carlos Marx, Miguel Bakounine, Proudhom, Liebknecht y Bebel son nombres que lo dicen todo. Los que están á la cabeza del movimiento socialista no hacen misterio de ello. El ateísmo es el fondo común de su sistema, háyanlo tomado de Hegel en Alemania, de Augusto Comte en Francia ó de Mazzini en Italia.” (6)

El socialismo, como todo error, es frecuentemente hipócrita y como ve en el sacerdote su mayor enemigo, quiere muchas veces engañarlo y sostiene como los liberales que no ataca la religión privada. ¡Mentira! Bastaría para que fuera anti-católico, que atacase la religión en el estado, la propiedad y la familia, pero en realidad de verdad, sus dogmas son intrínsecamente ateos, y sus instintos y pasiones se compadecen con tan nefandos principios.

Bien sabemos que los primeros apóstoles del error, Saint Simón y Cabet, querían identificar el cristianismo con el socialismo, pero ésto era á las claras ardid sectario, y si bien acertaban al decir que si reinase el

cristianismo no habría cuestión social, erraban ó mentían al afirmar que el cristianismo y el socialismo eran una sola y misma cosa.

El Profesor Bellarini pone de relieve las diferencias en el siguiente párrafo:

“Ellos quieren destruir la propiedad, y nosotros, por el contrario, queremos reforzarla, vigorizarla y difundirla. Ellos quieren destruir toda desigualdad social, todo orden jerárquico, toda autoridad mediante la *lucha de clases*; nosotros, en vez de eso, queremos el orden jerárquico de la sociedad, la igualdad *proporcional*, la solidaridad en los designios finales de la vida civil: *la paz*. Ellos quieren perfeccionar la obra de la civilización moderna, concentrándolo todo en manos del Estado y despojando á los individuos de sus derechos naturales; nosotros, en vez de eso, queremos llevar á cabo la obra de la civilización cristiana, llamando al Estado para tutelar la libertad y los derechos de los individuos. Ellos quieren una doctrina *laica*; es decir, *atea*, una sociedad en la cual la autoridad, el derecho, la ley, el deber, sean independientes de Dios; nosotros, por el contrario, queremos una sociedad cristiana, donde la autoridad, el derecho, la ley, el deber, tengan su fundamento en Dios. Ellos van agitando las masas con las engañosas esperanzas de un paraíso terrestre; y nosotros, por el contrario, sin alimentar con ilusiones al pueblo, procuramos mejorar su suerte, reclamando para él los derechos de la justicia y de la caridad cristianas. Ellos, en suma, quieren hacer de la sociedad un inmenso rebaño que trabaje y se apaciente en común, *usando*, pero *no poseyendo nada propio*; y nosotros, en lugar de esto, queremos que la sociedad se organice de modo que asegure á todos *el trabajo, la libertad y la propiedad*.”

Esto es lo que quieren los socialistas y lo que quieren los católicos.

¿De dónde vendrá, ¡oh pueblo! tu salvación?

Y vosotros, gobernantes, ¿de quién, ó á qué habéis de temer? (7)

Pero lo que causaría risa si no inspirara tanta repugnancia la impiedad hipócrita, es ver cómo los burgueses y los socialistas, apelan á Dios y á la Iglesia en lances apurados, los unos queriendo convertir al Papa

en un gendarme, excelente custodio del capital, después de que despojaron á la Iglesia de sus bienes; los otros pretendiendo que en nombre de la caridad y del Cristo, se constituya campeón de los profesores de venganza y de los mayores enemigos del Crucificado.

En esa intriga suelen tenderse ellos mismos un lazo y se les escapan preciosas confesiones.

“Los mismos enemigos de la Iglesia—dice Bellarini—llaman á León XIII restaurador de la sociedad y hasta en el recinto de Montecitorio gritan á voces: “Hay que retroceder á todo trance porque en el fondo está el abismo; hay que purificar el ambiente; necesitamos aire sano; ¡EL SOCIALISMO SOLO TEME AL SACERDOTE!”

Me desviaría demasiado del asunto si citase casos de hipocresía socialista, en que la fiera, disfrazándose de cordero, llega á lamer los pies del Papa; pero por lo común, el socialista es más brutal que el burgués, y se proclama francamente ateo, como lo son sus principios, alardeando muy lógica consecuencia.

Existe un libro, publicado en Alemania en 1892, por Riechter, admirable orador del Parlamento germánico, en que se ponen de manifiesto las tendencias socialistas de modo tan persuasivo y elocuente, que de la obra se hicieron sólo en medio año doscientas veinticinco ediciones. (8)

Allí aparece de relieve el ateísmo socialista y la fórmula de que se vale para expresarlo, tomada de Bebel, gran apóstol del colectivismo, es de veras expresiva y elocuente: “*Para el hombre, la tierra; el cielo para los ángeles y los pájaros.*”

A mediados del siglo, presentaba ya el mal socialista su forma más aguda. Oíd á Proudhom:

“Proudhom escribe que la causa del mal en nuestra sociedad es la moral cristiana, que se ha hecho corruptora, apoyándose en la Providencia, en la Redención y en el Juicio. Por la primera se tienen pobres y ricos: el pecado original muestra al hombre caído y despreciable, y la consecuencia de ella es la necesidad de que haya una potestad humana para refrenarle y conservar la miseria. La redención hace consistir la regeneración en una teurgía por medio de los Sacramentos: la religión enardece y fomenta la actividad hu-

mana, afloja la voluntad y deja al hombre entregado al arbitrio del hombre. Dios, imagen de la naturaleza humana, es una abstracción, un ídolo del pensamiento filosófico, la sanción de una moral debilitante; guerra, pues, al Angel, al Arcángel, á las Dominaciones, á los Principados, á la Iglesia, al Concilio, al Parlamento, al púlpito, á la personalidad, á la cabeza, y, en fin, al absoluto de los absolutos, que es Dios. De este modo, se depuran las ideas y se llega al reino de lo bello, de lo bueno, de lo verdadero, en el que el hombre sólo es principio de toda moral y de toda justicia, las cuales lleva en la razón y en la conciencia: de este modo se restablece la igualdad, queda destruida la miseria y abolido el salario, elevando al hombre á la dignidad de partícipe." (9)

¡Qué contradicciones del entendimiento humano! Se suprime á Dios, se priva al alma de la esperanza en el cielo en nombre de la razón y de la filosofía, y se inventa sin el menor fundamento racional, el dogma más arbitrario, más empírico y caprichoso, mejor dicho, más absurdo, porque pugna con la naturaleza humana, el dogma de un paraíso futuro en la tierra, en que no habrá desigualdades, ni odios, ni pasiones, ni dolencias de ninguna especie, ni muerte tal vez.

Bebel, vuelto profeta, predecía en el Reichstag esa nueva y utópica edad de oro, y Alfredo Fouillée, en la *Revue de deux Mondes* (10. de Agosto de 1900), hacía acerca de ella las siguientes juiciosísimas reflexiones:

"El absoluto pesimismo hacia la sociedad presente y el absoluto optimismo hacia la sociedad venidera, forman una extraña contradicción; ya que si la sociedad actual es tan mala, ¿cómo esperar que pueda producir una sociedad perfecta? Otra ilusión es ésta: que para cambiar á los hombres, baste cambiar las instituciones, como si éstas fuesen independientes de aquéllos, y pudieran valer lo que aquellos no valen. El colectivismo, tan desdeñoso con las religiones, es á su vez una nueva religión que exige ciega credulidad y su dogma fundamental es éste: que bastará transportar al egoísta á una sociedad comunista para que su vicio se convierta en virtud, y su modo de ser interesado se convierta en desprendimiento."

¡Pobre razón humana! No cree en el Dios de la sana filosofía, en el Dios en que han creído todos los pueblos, en el Dios de la revelación, en el Dios de la Iglesia, y cree en la palabra empírica de un fanático ó de un sofista, sólo porque adula sus pasiones, semejante al niño que quiere coger la luna, porque se le dice que puede servirle de juguete.

* * *

El socialismo y el positivismo constituían para la humanidad espantosa amenaza, y la Iglesia necesitaba reaccionar, y reaccionó.

A los falansterios, á los clubs, á las logias, opuso sus círculos de obreros; opuso, sobre todo, congregaciones admirables, como la de los Hermanos de las Escuelas, la de Don Bosco, el apóstol de los trabajadores, el santo que quizá dé su nombre al siglo en las edades futuras, cuando hayan desaparecido ante ellas, las nubes de polvo que tanto movimiento levanta y quedan sólo los monumentos imperecederos. (10)

Pero la reacción debía ser aún más cristiana, más sobrenatural y más eficaz por lo tanto. La declaración del dogma de la Inmaculada era la respuesta mejor á la blasfemia del ateísmo, al grito de rabia del pesimismo (11), á las mentiras optimistas y á la tiranía del poderoso. El Papa, como lo veremos después, ostentaba su autoridad infalible ante los enemigos del poder, y doscientos millones de hombres, á su voz, doblaban la rodilla y golpeaban su pecho. El Papa, al declarar el dogma, condenaba el error de la perfectibilidad humana, porque aquél encierra la verdad de la culpa original, cuyo reato se perdona, pero cuya huella no se borra; condenaba el pesimismo, que es enemigo de la esperanza, presentando á la humanidad glorificada en virgen sin mancha, la esperanza más firme y consoladora; condenaba á los opresores, lo mismo que á los rebeldes, enseñando que á los ojos de Dios nada ennoblece ni dignifica más que la fe, la esperanza y la caridad.

Realmente la Iglesia al buscar de modo más especial el auxilio de María Inmaculada, manifestaba que comprendía la cuestión candente; que se interesaba

por su solución pacífica con todo el celo de su corazón de madre, y que acertaba con el UNICO medio de hacer cesar la lucha desenfrenada y sin tregua entre el rico y el pobre: el de provocar en el mundo NUEVA EFUSION de caridad, como dijo León XIII.

Empeñaos en vano, legisladores, filósofos, economistas, filántropos; empeñaos en vano en resolver el problema social más arduo de todos los tiempos. No contáis con Dios y no extinguiréis la codicia; no contáis con El y no reprimiréis la venganza. La cuestión es más que económica, filosófica, administrativa, es religiosa y moral. ¿Qué instrumentos tenéis vosotros para ilustrar las conciencias, y, sobre todo, para reformar los corazones? Hoy, después de haberse despreciado tanto á la Iglesia, después de que Voltaire lanzó á su augusta faz la más insultante carcajada; después de que la han escarnecido los reyes, los legisladores, los sabios, los periodistas, los tribunos, se comienza á comprender que de ella sola puede venir el remedio, porque es el único faro de fe, la única estrella de esperanza, la única fuente de caridad. Por eso hace un momento recordábamos una voz de Montecitorio, del impío Parlamento italiano, que hace una de las más hermosas confesiones de la época y que circuye á la Iglesia de honra y de respeto: "¡EL SOCIALISTA SOLO TEME AL SACERDOTE!"



EL NEO-PAGANISMO

V

EL NEO-PAGANISMO

Desde el advenimiento del Cristianismo, no creo que haya habido siglo más pagano que el siglo XIX. En el XV y XVI el gusto por los estudios clásicos, llevado al exceso, hizo olvidar á muchos la ciencia cristiana, la literatura cristiana y el espíritu cristiano y Boecio, Yedro, Petrarca, Pulci, Pomponio Leto y otros más no se inspiraban más que en el espíritu de la sabiduría antigua, habían el alma de Horacio y de Petrarca, se recreaban en la tragedia y comedia y guirnalda de laurales y de rosas.

Para los paganizantes como no era la sociedad; entonces, como Petrarca, Bernbo y Saffoldo, aunque quizá se daban con algún exceso á estudios clásicos, no olvidaban su carácter de cristianos, ni sea de sacerdotales, y el espíritu pagano, ni bien hizo estragos entre los humanistas seculares y hasta eclesiásticos, no descendió á las multitudes, que así que pesara á Pomponio Leto y á Petrarca, seguían siendo totalmente cristianos.

Altogether, como del humanismo clásico. Atrás de los tiempos modernos, era pueblo profundamente cristiano que llegó hasta la exaltación y el fanatismo al